

DC201
75
1846
V. II



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON



Biblioteca Universitaria
de Salamanca

15083

LIBRO TREINTA Y SEIS.

Talavera y Walcheren.

Operaciones de los franceses en España durante el año 1809.—
Plan de campaña para ver de conquistar el Sur de la Península.—
Falta de unidad en el mando, é inconvenientes que produce.—
La guerra de Austria aviva las esperanzas y las pasiones de los
españoles.—Celo que muestra Inglaterra en multiplicar sus es-
pediciones al litoral europeo, y envío á Portugal de otro ejército
británico.—Abrese la campaña de 1809 con la marcha de Soult
hacia Oporto.—Intenta en vano pasar el Miño en Tuy.—Rodeo
por Orense, y marcha atravesando la provincia de Tras-os-Mon-
tes.—Serie de combates para entrar en Chaves y en Braga.—
Batalla de Oporto.—Difícil situación del mariscal Soult en el
Norte de Portugal.—Luego que se sabe su entrada en aquel
reino, el estado mayor de Madrid dirige el mariscal Victor á Es-
tremadura y manda se apoye á este último por medio de un mo-
vimiento del general Sebastiani sobre la Mancha.—Paso del Tajo
en Almaráz, y llegada al Guadiana del mariscal Victor y del ge-
neral Sebastiani.—Victorias de Medellín y Ciudad Real.—Estas
dos victorias hacen presagiar al principio seria feliz la campaña
en el Sur de la Península, pero destruyen á poco su efecto suce-
so slamentables ocurridos en el Norte.—El general La Romana,
á quien habia dejado á su espalda el mariscal Soult al atravesar
á Orense, pasa entre Galicia y el reino de Leon, subleva toda la
parte Norte de España, y amenaza cortar las comunicaciones de
los mariscales Soult y Ney.—Inútiles esfuerzos del mariscal Ney

para comprimir á los insurrectos de Galicia y Asturias.—A falta del mariscal Mortier á quien retienen en Burgos las instrucciones que habia recibido, se envia seis ú ocho mil hombres al mando del general Kellermann para restablecer las comunicaciones entre los mariscales Soult y Ney.—Acontecimientos de Oporto.—Proyecto de convertir en reino el Norte de Portugal.—Divisiones en el ejército del mariscal Soult, y relajamiento de la disciplina en este ejército.—Median en secreto comunicaciones con los ingleses.—Sir Arturo Wellesley, que habia desembarcado en las cercanías de Lisboa, conduce hácia Oporto un nuevo ejército.—Gracias á los medios de inteligencia que emplea en la plaza, sorprende á Oporto.—El mariscal Soult se ve obligado á huir sacrificando su artillería.—Retirada hácia Galicia.—Entrevista de los mariscales Soult y Ney en Lugo.—Plan concertado entre los dos mariscales, el cual no se pone en ejecución por el movimiento que el mariscal Soult hace sobre Zamora.—Funesta division entre estos dos mariscales.—Orden espedita en Schœnbrunn, antes de saber los sucesos de Oporto, para reunir bajo el mando del mariscal Soult los tres cuerpos de los mariscales Ney, Mortier y Soult.—Consecuencias imprevistas de esta orden.—El mariscal Soult forma en Salamanca un proyecto de campaña fundado en la suposicion de que los ingleses permanecerian ociosos hasta el mes de setiembre.—Los acontecimientos no tardan en desmentir esta suposicion.—Sir Arturo Wellesley, despues de espulsar á los franceses de Portugal, se repliega hácia Abrantes.—Pónese de acuerdo con don Gregorio de la Cuesta y Venegas para operar sobre el Tajo.—Su marcha hácia Plasencia en junio y julio, y su llegada á Talavera.—El rey José, que habia hecho ir el mariscal Victor al valle del Tajo, se reúne á él con el cuerpo del general Sebastiani y una division de reserva sacada de Madrid, mandando al mariscal Soult desemboque por Plasencia á espaldas de los ingleses.—José les ataca demasiado pronto, y sin bastante homogeneidad.—Batalla indecisa de Talavera dada el 28 de julio.—Movimiento retrogrado hácia Madrid.—Aparicion tardía del mariscal Soult á retaguardia de sir Arturo Wellesley.—Retirada precipitada del ejército inglés á Andalucía, despues de abandonar sus enfermos y heridos.—Carácter de los sucesos de España durante la campaña de 1809.—Disgusto de Napoleon por no haberse sacado mejor partido de los grandes recursos reunidos en la Península, é importancia que da á estos sucesos, á causa de las negociaciones de Altenburgo.—Esfuerzos de los ingleses para auxiliar á los negociadores austriacos con el envio de una gran expedicion al continente.—Proyecto de destruir en las radas los armamentos maritimos preparados por Napoleon.—Expedicion de Rochefort.—Número prodigioso de brulotes lanzados á un tiempo contra la escuadra de la isla de Ex.—El enemigo incendia cuatro navios y una fragata, que van á dar contra las rocas de Palas.—En seguida dirigen los ingleses sus fuerzas navales contra el establecimiento de Amberes, esperanzados de encontrarle desprovisto de medios de defensa.—Cuarenta navios, treinta y ocho fra-

gas y cuatrocientas embarcaciones de transporte conducen cuarenta y cinco mil hombres á las bocas del Escalda.—Desembarco de los ingleses en la isla de Walcheren y sitio de Flesinga.—La escuadra francesa logra retirarse sobre Amberes, y resguardarse allí de todo peligro.—Modo de considerar la expedicion inglesa en París y en Schœnbrunn.—Previendo Napoleon que la fiebre seria el adversario mas temible de los ingleses, manda ponerse á cubierto con trincheras, colocar detrás de ellas á las tropas que se pudiera reunir, y no aventurar la batalla.—Llama á las armas á los guardias nacionales, y designa al mariscal Bernadotte para general en jefe de las tropas reunidas al pie de las murallas de Amberes.—Rendicion de Flesinga.—Habiendo perdido el tiempo los ingleses en tomar á Flesinga, saben que Amberes se halla en estado de defensa, y no se atreven ya á avanzar.—Acómételes la fiebre con suma violencia, y les obliga á retirarse despues de sufrir pérdidas enormes.—Alegria de Napoleon al saber este resultado, sobre todo con motivo de las negociaciones entabladas en Altenburgo.

Durante el año 1809 no solo se vertia sangre francesa en las orillas del Drava, el Raab, el Danubio y el Vístula, sino tambien en las márgenes del Ebro, el Tajo, el Duero, y hasta el Escalda, asi como en la mayor parte de los mares del globo. Donde quiera y casi simultáneamente, se veia á los franceses prodigando su vida en aquella terrible contienda, trabada entre un hombre ambiciosísimo y la nacion mas vengativa del mundo. Mientras con soldados que casi eran unos niños ponía término Napoleon en tres meses á la guerra de Austria, faltos de direccion sus generales, sin lograr de él apenas una mirada de atencion, y divididos entre sí desgraciadamente, no podian con los primeros soldados del universo aniquilar unas cuantas hordas indisciplinadas, y un puñado de ingleses mandados con cordura. Eternizábase, pues, la guerra de España en detrimento de nuestro poderio, de nuestra gloria algunas veces, y en mengua de la dinastía imperial.

Viendo Napoleon que las tropas que tenia en España habian ejecutado una campaña de invierno, y dado en diciembre y enero las batallas de Espinosa, Burgos, Tudela, Molins de Rey, la Coruña y Uclés, quiso se les concediera uno ó dos meses de descanso, tiempo necesario para conservar ó reponer la salud del soldado y para reparar el material, y que saliendo en seguida de los puntos que habian conquistado se dirigieran al Sur de la Península, para acabar de someterla, desde Lisboa hasta Cádiz, y desde Cádiz hasta Valencia. Antes de ahora hemos espuesto el plan que dejó trazado al marchar de Valladolid para trasladarse á Austria, y que por muy bien concebido que fuese, no podia suplir á un buen general en jefe; pero sera preciso que lo recordemos aqui brevemente para inteligencia de las operaciones de 1809.

Despues que el mariscal Soult descansara en Galicia de las fatigas que habia sufrido persiguiendo á los ingleses, debia ponerse otra vez en movimiento con las divisiones Merle, Mermet, Delaborde y Heudelet, los dragones Lorge y Lahoussaye, y la caballería ligera de Franceschi, los cuales componian diez y siete regimientos de infantería, diez de caballería y un parque de cincuenta y ocho bocas de fuego, pasar el Miño en Tuy, avanzar por Braga hácia el Duero, tomar á Oporto, y desde esta última ciudad marchar en seguida á conquistar á Lisboa. Creia Napoleon, que este cuerpo cuyo número nominal ascendia á cuarenta y seis mil hombres, proporcionaria unos treinta y seis mil combatientes; pero desgraciadamente esto no era exacto, pues con motivo de los heridos, los enfermos, los hombres cansados y la mucha gente

destacada, era imposible reunir mas de veinte y tres ó veinte y cuatro mil. Segun la órden recibida, debia marchar en febrero para llegar en marzo á Lisboa, á fin de aprovechar las delicias de la primavera tan precoz en aquellas regiones. El mariscal Ney, con las bizarras divisiones Marchand y Mathien, las cuales solo contaban diez y seis mil combatientes de treinta y tres mil, recibió instrucciones para que se quedase en Galicia, acabara de someterla, y protegiera detrás del mariscal Soult las comunicaciones del cuerpo expedicionario de Portugal.

Mientras Soult invadiera aquel reino, el mariscal Victor, vencedor en Espinosa y Uclés, con las brillantes divisiones Villatte, Ruffin y Lapisse, que componia el primer cuerpo, y con doce regimientos de caballería, debia alejarse de Madrid y avanzar por medio de un movimiento sobre su derecha de Talavera hácia Mérida, del Tajo hácia el Guadiana á fin de ejecutar en Estremadura y Andalucía una marcha adecuada á la del mariscal Soult en Portugal. Luego que estuviere seguro de que éste habia entrado en Lisboa, él debia dirigirse sobre Sevilla, donde le apoyaria en caso necesario una division de Soult; y para que pudiera derribar las murallas de Sevilla y de Cádiz, si estas capitales se defendian, preparábasele en Madrid un tren de batir, compuesto de piezas cortas de á veinte y cuatro. El mariscal Victor solo tenia en aquel momento á mano dos de sus tres divisiones, pues la del general Lapisse se habia quedado en Salamanca, desde la reconcentracion de tropas que Napoleon verificó en el Norte para destruir al general Moore. Esta division, mientras bajaba el mariscal Soult de Tuy

hacia Lisboa, tenia orden de dejarse caer de Salamanca sobre Alcántara, reunirse con su gefe en Mérida, y seguirle á Andalucía. Creíase que este cuerpo, reforzado con la excelente division alemana Leval, y que ascendia á cuarenta mil hombres nominales, daría treinta mil realmente, y bastaría con los refuerzos que pudieran enviarle de Madrid para dominar el Sur de la Península.

El rey José, cuyo gefe de estado mayor era el mariscal Jourdan, estaba autorizado para conservar bajo sus inmediatas órdenes las brillantes divisiones francesas Dessoles y Sebastiani, la division polaca Valence los dragones de Milhaud y algunas brigadas de caballeria ligera, cuyas tropas componian once regimientos de infantería y siete de caballería, ó sea una fuerza real y efectiva de treinta seis mil hombres, de cincuenta mil nominales, incluyendo la guardia personal de José, el parque general y una infinidad de depósitos. Con esta fuerza central debía el rey contener á Madrid, ir á apoyar en caso necesario al mariscal Victor, remediar, para decirlo de una vez, todos los casos imprevistos que pudieran ocurrir.

El cuerpo del general Junot, que acababa de terminar el sitio de Zaragoza, mandado á la sazón por el general Suchet, y que solo tenia diez y seis mil hombres disponibles de treinta que eran, debía descansar en Aragon, vigilar aquellas provincias, y despues ponerse en marcha, si los sucesos tomaban un giro favorable para avanzar por Cuenca hacia Valencia. Detras quedaba para sostenerle ó para guarnecer á Aragon, el cuerpo del mariscal Mortier, que se habia cansado poco durante el sitio de Zaragoza, y que de veinte y tres mil hom-

bres, presentaba diez y ocho mil combatientes. No pudiendo preveer Napoleon desde luego lo que sucederia en la guerra de Alemania, prohibió se empleara activamente el cuerpo del mariscal Mortier, y mandó se le conservara intacto al pie de los Pirineos, entre Zaragoza y Tudela, ya para dirigirle hacia el Mediodía de España, ya para traerlo sobre el Rhin, segun lo que ocurriera. El general Saint-Cyr, que habia vencido á los españoles en Cardedeu y en Molins de Rey, debía con cuarenta y ocho mil hombres, en la realidad cuarenta mil, acabar de conquistar á Cataluña, sitiando las plazas fuertes; y por último, la parte Norte de España, que constituia nuestra línea de operaciones, se confió á tropa de caballería, y á una porción de cuerpos separados que formaban las guarniciones de Burgos, Vitoria, Pamplona, San Sebastian, Bilbao y Santander, y que podian proporcionar en caso necesario algunas columnas ambulantes. Desde que marchó el mariscal Bessieres, mandaban aquellos cuerpos los generales Kellermann y Bonnet, uno en Castilla y otro en Vizcaya. Esa mezcla de soldados de todas armas, sacada de todos los cuerpos y encargada de operar á nuestra retaguardia, presentaba treinta y tres ó treinta y cuatro mil hombres, quince ó diez y ocho mil de los cuales eran capaces de prestar muy buenos servicios, y hacia subir á doscientos mil combatientes, de trescientos mil hombres que eran, la masa enorme de fuerzas consagradas á la Península. Gran parte de ellas eran las mejores tropas de Francia, las que habian hecho las campañas de la Revolucion y del Imperio, las que habian vencido á la Italia, á Egipto, á Alemania y á Rusia. Hé aqui á lo que

nos habia conducido la conquista de España, que en un principio se miró como asunto simplemente de un golpe de mano. Con ella se perdió nuestra reputacion de rectos, nuestro prestigio de invencibles, viendo perecer unos tras otros soldados pertenecientes á ejércitos admirables, cuya formacion habia costado diez y ocho años de guerras y de victorias.

Napoleon suponía que estos trescientos mil hombres, los cuales no creía hubiesen disminuido tanto con las fatigas, las enfermedades y disminucion, serian mas que suficientes, aun reducidos á doscientos mil, para subyugar á España, debiendo como debian estar los ingleses muy disgustados de tener que socorrer á los españoles despues de la campaña de la Coruña. No hay duda que esos doseientos mil hombres hubieran sido suficientes con una direccion enérgica, aunque las pasiones de todo un pueblo sublevado contra el extranjero sean capaces de hacer milagros; pero la autoridad que dejaba Napoleon en Madrid por intérprete y ejecutora de sus disposiciones, no podia suplir ni su genio, ni su voluntad, ni su ascendiente sobre los hombres, y los medios mas poderosos debian estrellarse, no en la resistencia de los españoles (1), sino en la anarquía militar que iba á producir su ausencia.

(1) Nuestros lectores habrán advertido que Thiers, á pesar de su talento, incurre en contradicciones hablando de nosotros y que aventura ideas desmentidas por el raciocinio mas simple. Mas de una vez, al encontrar, á medida que vamos traduciendo esta historia hechos nada verídicos, relaciones un sí ó no es desfiguradas, y juicios erróneos,

Efectivamente, ya hemos dicho que el rey José, sensato, benigno y bastante morigerado, no tenia ninguna cualidad para el mando por mucho que ambicionase la gloria de las armas, como patrimonio de familia. Sin actividad, sin vigor, sin ninguna esperiencia de la guerra, y á falta de es-

nos hemos sentido con deseos de protestar contra el espíritu de prevencion, ya que no de malevolencia, con que los escritores franceses, por muy eminentes que sean algunos, tratan de cuanto concierne á España, pero por temor de cansar al lector con notas, hemos callado, ciertos de que se hará las mismas reflexiones que nosotros pudiéramos dejar sentadas. En efecto, ¿no sorprende que confesando como confiesa Thiers que el entusiasmo de un pueblo en masa hace milagros, atribuya el mal éxito de las operaciones de los ejércitos franceses á mala direccion, y no á la heroica resistencia de los españoles? En buen hora que tuviese parte la anarquía militar en el no logro de los intentos de Napoleon; pero ¿por qué no conceder algo á nuestra universal resistencia? Además, ¿de qué nació esa anarquía militar, ese desconcierto que lamenta Thiers? De las divisiones que reinaban entre los generales, nos dice el historiador, como si las divisiones en un ejército no nacieran la mayor parte de las veces de las dificultades que encuentran, sobre todo, cuando les resiste toda una nacion. Lo natural, lo lógico es pensar que los esfuerzos de los franceses se estrellaron en nuestra heroica resistencia, pues sin esta probablemente no hubiera habido divisiones entre los gefes enemigos, ni entronizándose en la corte de José la anarquía militar. Sensible es que Thiers busque ajenas causas á un éxito que tiene una muy sencilla y terminante, confesada por el mismo la de que *cuando todo un pueblo se bate contra el extranjero hace milagros.*

(N. del T.)

perencia ninguna de las dotes superiores de ingenio que suplen á ella, habia tomado por Mentor segun hemos dicho tambien, al mariscal Jourdan, general digno y juicioso, con quien consultaba sus planes militares; pero sin oírle las mas de las veces, decidiéndose á obrar, despues de vacilar mucho tiempo entre él y sus familiares, como podia, y con arreglo á las impresiones del momento. Durante la última campaña conoció Napoleon sus pretensiones, burlóse de ellas en Madrid, y se burlaba todavia en Schönbrunn con los que iban á España ó volvian de alli. En cuanto al mariscal Jourdan, no le queria bien, por sus opiniones antiguas y aun por las que profesaba á la sazón y sospechaba sin motivo era él quien inspiraba en la nueva corte de España la severidad con que le juzgaban. La tristeza, la frialdad de ese grave personaje, las traducia como una censura completa de su reinado, y conociendo no daba lugar como su hermano á que se burlasen de él, le despreciaba á las claras hasta el extremo de que el mariscal de que vamos hablando era el único militar de su graduación y antigüedad á quien no habia concedido alguno de esos opulentos premios que prodigaba á los que le servian. Burlarse del rey, y aborrecer abiertamente á su mayor general, no era el mejor medio de realzarlos á los ojos de los generales que debian obedecerles. Con efecto, ¿cómo unos mariscales que solo estaban acostumbrados á obedecer á Napoleon en quien reconocian tanto genio como poderio, habian de obedecer á un hermano, que, segun él mismo decia, no era militar, y á un mariscal viejo y en desgracia que negaba tuviese conocimientos?

Tampoco reinaba la mejor inteligencia acerca

de las disposiciones adoptadas para asegurar la gerarquía del mando. (1).

Napoleon dijo en sus instrucciones que el rey José le reemplazaria á la cabeza de los ejércitos de España; pero como los gefes que mandaban cuerpo, lo mismo los mariscales que los generales, debian entenderse directamente con el ministro de la Guerra Clarke, y recibir órdenes de éste en lo tocante á sus operaciones, miraban la autoridad del rey José como puramente nominal, considerando como real y efectiva la que residia en Paris. Napoleon, tan resuelto en todo casi siempre, no supo decidirse á confiar el mando efectivo á un hermano á quien no creia capaz de desempeñarlo, y dejándose por forma, lo retuvo en la realidad para sí, en lo cual no anduvo acertado, porque si bien debia preferirse al parecer á cualquier otra disposicion el que fuese él quien inspirase al que mandara, la verdad es que las órdenes de José, aunque dadas sin conocimiento de la guerra y sin vigor, como mas cerca de los sucesos y mejor adaptadas á las circunstancias actuales de la lucha, hubieran producido mejores resultados que las de Napoleon, espeditas á seiscientas leguas de distancia, y que cuando llegaban no eran ya adecuadas al estado presente de las cosas. Lo mas conveniente habria

(1) En esto como en lo demas hablo, no por conjeturas, sino con hechos ciertos, pues he tenido en mi poder las voluminosas y veridicas Memorias del mariscal Jourdan, inéditas todavia, su correspondencia, la del rey José con Napoleon, y el relato de varias comisiones confiadas á Mr. Røederer para José, de quien era amigo. Nada aventuro por consiguiente sin pruebas auténticas.

sido que el emperador arreglara los planes generales de la campaña, planes que solo él era capaz de concebir y dejar que el estado mayor de José cuidara de mandar como soberano lo concerniente á los pormenores relativos á la ejecucion; pero al propio tiempo que se mostraba amable, indulgente, paternal, confiado, con el príncipe Eugenio, á quien tenia por modesto, sumiso y agradecido, era severo, burlon, desconfiado, con sus hermanos, en quienes encontraba vanidad, inobediencia y muy poca gratitud. Habia delegado, pues, en José una autoridad nominal, y con esto preparó sin quererlo una funesta anarquía militar en la Península.

A estos motivos de conflicto hay que agregar otros no menos fatales. La guerra de España, sin contar lo ruinosa que era en tropas, lo era tambien en dinero, y conociendo Napoleon que no podia subvenir á ella, decidió que el ejército se mantuviera á costa del pais que ocupaba. José, lo mismo que el rey Luis en Holanda, y el rey Murat en Nápoles, queria popularizarse entre sus nuevos súbditos, y con el fin de grangearse su afecto los defendia contra el ejército francés, contra el ejército que estaba encargado de conquistárselos. Este ejército que, segun decia, habia convertido en reyes á unos hermanos de su general, de escaso mérito, estaba asombrado, hasta indignado de que prefiriera José unos súbditos rebeldes á los soldados á quienes debia la corona, que merecian gratitud y que eran sus compatriotas. Los generales, los oficiales, todos hablaban de un modo particular sobre las dinastías creadas por ellos, y en desquite hablábase en la corte de José del ejército francés y de sus gefes como hubieran podido hacerlo los es-

pañoles. Representaban á Napoleon en la corte de España Mr. de Laforet, embajador de Francia, el general Belliard, gobernador de Madrid y Mr. de Freville agente del tesoro que entendia en lo relativo á los bienes confiscados á las familias proscripciones: estas diferentes autoridades se hallaban en estado perpétuo de conflicto con los agentes del rey José. Por ejemplo, Napoleon habia mandado prender á todos los individuos del antiguo consejo de Castilla, y José los puso en libertad, diciendo se les perseguia solo por apoderarse de sus bienes. Napoleon se habia apropiado á título de indemnizacion de guerra, los bienes de las diez familias mas poderosas de España, como hemos referido en otra parte, y ademas se habia apoderado de las lanas pertenecientes á los grandes de las provincias conquistadas; confiscaciones, que valian muy cerca de doscientos millones. En cuanto á las diez familias, decia José que debia dejar sus fincas al emperador puesto que se las habia adjudicado; pero en cuanto á las demas familias, perseguidas por rebeldes, sostenia debia disponer él de sus bienes para devolvérselos si se sometian á la obediencia, ó para premiar sino lo verificaban, la adhesion de los que siguiesen sus banderas. Respecto á las lanas, tambien queria retener una parte con diversos motivos mas ó menos cuestionables, alegando por lo demas que nada tenia que dar, que ni siquiera podia pagar á su servidumbre militar, que habia en Madrid seis mil criados, ya de la grandeza, ya de la antigua corte, parte de los cuales era preciso ajustar, pues por no tener con que vivir, escitaban contra él el vecindario de la capital.

Efectivamente se hallaba en estremo apurado, porque los ejércitos franceses en las provincias que ocupaban, y los insurrectos en los puntos de que eran dueños, absorbían todo el producto de las contribuciones. Sin embargo, lo que los ejércitos franceses tomaban directamente no bastaba para su manutención: con lo que sacaban de las provincias se alimentaban y vestían, pero quedaba el servicio general de la artillería y del cuerpo de ingenieros muy costoso é importante, al cual no se podía proveer con apoderarse de los ganados ó cortar las mieses á raíz. Para ese servicio se necesitaba dinero, y sólo entraba en el tesoro el que se recaudaba en Madrid. Si se echaba mano de todos los recursos que podía proporcionar la proscripción ó la confiscación de bienes, se quitaba á José los medios, según decía, ó de ganar prosélitos ó de subvenir á las necesidades más indispensables; de suerte que pedía se le dejara á lo menos concluir por su cuenta un empréstito medio contratado en Holanda, el cual podía proporcionar al tesoro español quince ó veinte millones. Esto fue lo único en que consintió Napoleón y se negó á todo lo demás, censurando amargamente algunos actos de munificencia ejercidos con favoritos que no lo merecían, y calculando con sentimiento visible de haberla emprendido, todo lo que ya le había costado la guerra de España y lo que todavía debía costarle, pues aunque los soldados vivían sobre el país, era preciso enviarlos á la Península vestidos, armados y organizados, suministrándoles además material, lo cual no podía hacerse sino gastando mucho, sin contar lo que costaba la guerra de Austria producida por la de

España, y que debía imponer otras cargas al tesoro público del imperio. En una palabra, Napoleón decía le arruinaban sus hermanos y que á todo tenía él que hacer frente. Por lo demás, distraído con otras guerras á seiscientas leguas de Madrid, dejaba ventilasen estas reyertas sus agentes, los cuales se portaban con una insolencia inaudita, creyéndose porque representaban al emperador Napoleón, muy superiores á quienes solo eran simples representantes del rey José. Llegaron á tal punto las cosas que con motivo de los bienes secuestrados, Mr. de Freville se apoderó de las llaves de los palacios disputados, y se negó á permitir entraran en ellos los agentes del tesoro español, diciendo estaba dispuesto, si era preciso, para hacer que le obedecieran, á recurrir al ejército francés; arrogancia á que respondió el rey José queriendo meterle en una silla de posta y enviarle á Francia (1). Ya se comprenderá cuanto descrédito

(1) Como prueba de la verdad de estos tristes pormenores, citaremos las cartas que siguen:

Al emperador.

«Madrid, 17 de febrero de 1809.

«Señor:

«Por la carta de V. M. número 2.º veo con sentimiento da oídos sobre los asuntos de Madrid, á personas interesadas en engañarle. V. M. no tiene en mí entera confianza, y sin esto mi situación es insufrible. No repetiré lo que he escrito varias veces acerca del estado de la hacienda: desde las ocho de la mañana hasta las once de la noche me consagro á los negocios con todos mis cinco

no debian producir para la nueva monarquía estos debates de que todo Madrid estaba enterado. Odiada de los españoles, despreciada por los franceses, era muy difícil lograra la obedecieran unos y otros,

sentidos; salgo una vez á la semana; no tengo absolutamente ningun dinero que poder dar; me hallo en el cuarto año de mi reinado, y todavía veo á mi guardia con la primera casaca que le di hace tres años; todas las quejas se dirigen contra mí; tengo que arrostrar todas las prevenciones; mi poder no se estiende mas allá de Madrid, y aun en Madrid me contrarian diariamente hombres que sienten no esté en boga su sistema... V. M. mandó secuestrar los bienes de diez familias, y el secuestro se ha extendido á mas del doble; todas las casas habitables están ocupadas por interventores; seis mil criados de las familias proscriptas se hallan en la calle; todos piden limosna y los mas atrevidos intentan robar ó asesinar. Mis oficiales, cuantos sacrificaron conmigo el reino de Nápoles, se hospedan todavía por medio de boleta de alojamiento. Sin capitales, sin contribuciones, sin dinero, ¿qué es lo que puedo hacer? Esta pintura, sea como fuere, no es exagerada, y tal como es, no me asustaria, porque el cielo me ha dado bastante ánimo, si tambien me hubiera concedido una organizacion capaz de llevar con paciencia los insultos y contrariedades de quienes deberian servirme, y sobre todo de resistir las quejas de un hombre á quien he querido demasiado para que pueda aborrecerle jamás.—Por consiguiente, señor, si mi vida entera no os ha infundido la confianza mas ciega en mí, si he de ser insultado y humillado hasta en mi capital, sino he de tener derecho para nombrar los comandantes y gobernadores que siempre tengo á la vista, si V. M. no quiere juzgarme por los resultados, y permite se me acuse por cualquier paso que doy, en este caso, señor, no me queda sino un partido que tomar..... Unicamente soy rey de España por la fuerza de vuestras

y que ningun plan por bueno que fuese, pudiera tener éxito favorable ejecutado bajo la direccion de autoridad tan débil y disputada.

Aunque las fuerzas francesas eran inmensas

armas, pudiera serlo por el afecto de los españoles, pero es preciso para ello que pueda gobernar á mi modo.

«De V. M., señor, adicto, servidor y hermano

JOSE.»

«Madrid, 19 de marzo de 1809.

«Señor :

«En su carta de 14 de febrero me ordenaba V. M. conservase á Mr. de Freville la direccion de los asuntos relativos á los sentenciados, anunciándome queria conservar los bienes de esas diez familias para quitarme la tentacion de devolvérselos.—Estoy muy indispuesto en el dia con Mr. de Freville; he respetado como debia los bienes de esos diez sentenciados y sus casas, pero he mandado á la administracion de fincas que acabo de crear tome posesion de todos los demas bienes (fuera de los secuestrados á las diez familias). Mr. de Freville ha tenido el atrevimiento de enviar por la noche á buscar las llaves de las casas secuestradas por mí, y ha mandado á los administradores de los emigrados no obedezcan á mis agentes; hecho que comenta hoy toda la poblacion. Acabo de ordenar á Mr. de Freville, que me parece está loco, entregue las llaves de las casas á la administracion de fincas. Si se obstina en desobedecerme, voy á mandarle se traslade á Francia, y haré que le reemplace el auditor Mr. Treillard.—Sin duda está malo Mr. de Freville, cuando no reconoce mi autoridad, mantiene correspondencia directa con V. M., y dice es aquí su representante. V. M. observará que no he tocado á las casas ni á los bienes de los diez sentenciados.

en número y calidad, cada día era mas seria la resistencia que encontraban, pues los españoles, que en parte alguna se habian mantenido firmes, y que en Espinosa, en Tudela, en Burgos, en Molins de Rey y en Uclés se habian dado á la fuga tirando las armas; y los ingleses, que á pesar de ser una tropa regular y sólida, arrastrados en la derrota comun, se habian visto obligados á abandonar presurosos el suelo español, buscando un refugio en sus buques, no estaban abatidos con la serie de descabros que habian sufrido. Ciegos los españoles no podian apreciar en su insensato orgullo lo que valia el ejército francés, y su ignorancia les libertaba del desaliento. Como huian casi sin batirse, sufrían poco, pues solo se sienten profundamente las derrotas que son disputadas, y se hallaban dispuestos á principiar de nuevo indefinidamente una guerra, desastrosa únicamente para las poblaciones, que les gustaba en su devoradora actividad, y guardaba relacion con sus sentimientos religiosos y pa-

«Ruego á V. M. mande retirar á Mr. de Freville de Madrid, pues su estancia aqui, despues de lo que acaba de suceder, me perjudicaria mas que todos los esfuerzos del Infantado y de Cuesta.....

«Tengo que dar las gracias á V. M. por la intencion que manifiesta de levantar el secuestro decretado sobre los siete millones del empréstito de Holanda. De seguro no habrá habido gobierno mas necesitado que el mio. No quiero ser pesado refiriendo pormenores que afligirian á V. M.; pero, en fin, basta que V. M. sepa conviene remover cuanto antes los obstáculos que me impiden percibir los siete millones de Holanda y los dos ó tres de las lanas de Bayona.

«De V. M., señor, adicto servidór y hermano
JOSE.»

trióticos. Por otra parte, si se desanimaron un momento con sus muchas derrotas, cobraron valor al saber la marcha de Napoleon y la guerra de Austria. Retirada la Junta en Sevilla, donde se veia mas que en ningun otro punto rodeada de la ignorancia y el fanatismo de la nacion, seguia soplando el fuego del furor. Compuesta de una mezcla de antiguos hombres de Estado incapaces de comprender las circunstancias del día, y de jóvenes fanáticos incapaces de comprender ninguna (1), contrariada por mil resistencias, dirigia la guerra como sucede siempre en tiempos turbulentos, pero animaba á las poblaciones de Valencia, Murcia, Andalucía y Estremadura, escitandolas á tomar las armas, estaba en correspondencia con los ingleses y no cesaba de enviar reclutas á los ejércitos de los insurgentes. Como Inglaterra le proporcionaba armas, municiones y subsidios en abundancia, habia reformado el ejército del centro, mandado por el duque del Infantado desde la batalla de Tudela, y desde la de Uclés por el general Cartojal (2). El ejército de Estremadura derrotado

(1) No se contenta Thiers con mostrarse parcial é injusto con los españoles, sino que los injuria llamándolos locos porque se batian con entusiasmo contra las victoriosas tropas francesas, sin tener en cuenta el número ni la calidad, é ignorantes porque no querian aceptar el yugo extranjero. Esto prueba que la buena fé del célebre historiador francés es muy inferior á su talento; pero ¿qué se puede esperar de quien al contar la heroica resistencia de Madrid el 2 de mayo de 1808, ni siquiera nombra á los inclitos Daoiz y Velarde, pasando como sobre ascuas sobre la matanza ejecutada por las tropas de Murat en gente inerme y desprevenida? (N. del T.)

(2) Así le llama el autor, pero es Cartojal. (Id.)